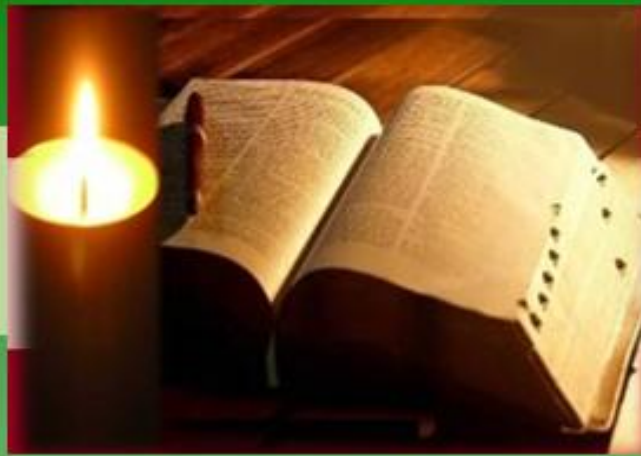


LECTIO



DIVINA

DOMINGO 5º



Ordinario

CICLO C



PADRES EUDISTAS
PARROQUIA SANTA MÓNICA
CALI - COLOMBIA



*La fe en la palabra de Jesús y la pesca milagrosa.
La llamada de los primeros discípulos.*

Ambientación

Las lecturas que hoy hacemos nos relatan tres de las llamadas que Dios ha hecho a tres hombres para realizar la misión de anunciar la obra redentora que el Señor va a realizar. Los tres se manifiestan indignos para llevar a término esa labor. Sin embargo, Dios los acompaña y los prepara para que la misión encomendada pueda llevarse adelante.

Así, a Isaías le purifica sus labios para que transmita lúcidamente su mensaje profético; a Pablo le convierte radicalmente su vida haciéndolo de perseguidor, apóstol; a Pedro le cambia la profesión confiándole ser «pescador de hombres». Nosotros somos llamados a dar testimonio de nuestra fe.

1. PREPARACIÓN: *Invocación al Espíritu Santo*

*Ven, Espíritu Santo,
ábre nos los ojos de la FE
a las obras de la Palabra de Jesús,
para que siga cumpliendo HOY
en nosotros su acción salvadora.*

*Anima a los servidores
de la Palabra del Padre,
como inspiraste a los profetas
y a los mensajeros de la Buena Nueva.*

*Abre nuestra mente y nuestro corazón
a la escucha atenta de la Palabra
que nos da luz, vida y verdad.
Amén.*

2. LECTURA: ¿QUÉ DICE EL TEXTO?

Is. 6,1-2^a.3-8: «Aquí estoy, envíame»

La Palabra de Dios nos narra, en la primera lectura, la vocación de Isaías como profeta de Dios. Dios llama a Isaías a través de una visión simbólica. La reacción del llamado nos enseña las características típicas de todas las vocaciones: *temor* en primer lugar; *necesidad de purificación*; *entrega final* en las manos de Dios.

La espléndida narración de la vocación de Isaías es una introducción muy a propósito para la liturgia de la Palabra de este Domingo, en la que ocupa un lugar central la **misión apostólica**, originada en la voluntad de Cristo. La disponibilidad de Isaías para la misión profética sólo se manifiesta después de haber experimentado fuertemente la





trascendencia divina, la propia indignidad y la purificación otorgada por Dios. Sólo así queda preparado el instrumento de la Palabra de Dios.

La reacción del llamado nos enseña las características típicas de todas las vocaciones: temor en primer lugar; necesidad de purificación; entrega final en las manos de Dios. Lo mismo sucederá cuando Jesús llame a Pedro y a sus compañeros para ser pescadores de hombres.

Sal. 138(137): «Delante de los ángeles, tañeré par Ti»

El salmo subraya la visión inicial de la narración anterior: en la presencia de los ángeles, es decir, en el santuario celestial, es donde el salmista, al igual que Isaías, experimenta que Dios ama y es fiel, que conforta su alma... La liturgia de la Iglesia, especialmente la Eucaristía, ¿no es precisamente una alabanza en la presencia de los ángeles, con quienes cantamos: Santo, Santo, Santo es el Señor...?

1Co. 15, 1-11: «Por la gracia de Dios soy lo que soy»

El texto de San Pablo a los Corintios nos ayuda a entender mejor el Evangelio.

Con el fragmento de la segunda lectura entramos en el último tema de la primera carta a los Cristianos de Corinto: la resurrección de los muertos, fundada en la Resurrección de Cristo, centro de la predicación apostólica.

El apóstol destaca con fuerza algo que no podemos olvidar nunca en la Iglesia: la unidad de la predicación apostólica y la unidad de la fe de la Iglesia. Para aquellos cristianos que tienen miedo de emprender un trabajo apostólico (porque se sienten incompetentes), S. Pablo nos insiste en la básica simplicidad de nuestro mensaje cristiano: Cristo es el Señor; Cristo murió por nuestra salvación; hoy Cristo está cerca de nosotros...

Lc. 5, 1-11: «Dejándolo todo, lo siguieron»

**EVANGELIO DE JESUCRISTO
SEGÚN SAN LUCAS**

R/. Gloria a Ti, Señor

¹ Estaba él a la orilla del lago Genesaret y la gente se agolpaba a su alrededor para oír la Palabra de Dios, ² cuando vio dos barcas que estaban a la orilla del lago. Los pescadores habían bajado de ellas y estaban lavando las redes.

³ Subiendo a una de las barcas, que era de Simón, le rogó que se alejara un poco de tierra; y, sentándose, enseñaba desde la barca a la muchedumbre.

⁴ Cuando acabó de hablar, dijo a Simón: «**Rema mar adentro, y echen sus redes para pescar**». ⁵ Simón le respondió: «Maestro, hemos estado bregando toda la noche y no hemos pescado nada; pero, *por tu palabra, echaré las*





redes». ⁶ Y, haciéndolo así, pescaron gran cantidad de peces, de modo que las redes amenazaban romperse. ⁷ Hicieron señas a los compañeros de la otra barca para que vinieran en su ayuda. Vinieron, pues, y llenaron tanto las dos barcas que casi se hundían.

⁸ Al verlo, Simón Pedro cayó a las rodillas de Jesús, diciendo: «Aléjate de mí, Señor, que soy un hombre pecador». ⁹ Pues el asombro se había apoderado de él y de cuantos con él estaban, a causa de los peces que habían pescado. ¹⁰ Y lo mismo de Santiago y Juan, hijos de Zebedeo, que eran compañeros de Simón. Jesús dijo a Simón: «No temas. *Desde ahora serás pescador de hombres*». ¹¹ Llevaron a tierra las barcas y, *dejándolo todo, lo siguieron*.

Palabra del Señor

R/. Gloria a Ti, Señor Jesús.

Re-leer el texto para interiorizarlo

a) Contexto: Lc. 4,14 - 5,32

Este relato, rico de una gran intensidad teológica, se pone como el centro de un recorrido de fe y de encuentro con el Señor Jesús, que nos conduce desde la sordera a la capacidad plena de escucha, de la enfermedad más paralizante a la curación salvífica, que nos vuelve capaces de ayudar a los hermanos a renacer con nosotros.

Jesús ha inaugurado su predicación en la sinagoga de Nazaret, haciendo legibles y luminosas las letras del volumen de la Torah (**Lc. 4, 14-30.**), ha vencido el pecado alejándolo del corazón del hombre (**Lc. 4, 31-37**) y la enfermedad (**Lc. 4,38-41**), y ha anunciado aquella fuerza misteriosa que lo ha enviado a nosotros y por la cual Él debe moverse, correr como gigante, que llega a todos los ángulos de la tierra (**Lc. 4, 42-44**).

Es aquí, en este momento, donde emerge la respuesta y comienza el seguimiento, la *obediencia de la fe*; es aquí donde nace ya la Iglesia y el nuevo pueblo, capaz de oír y de decir sí.

Lucas hace salir a escena a los primeros discípulos inmediatamente después de la doble presentación del Mesías (cfr. **Lc. 4,14-30** y **4,31-44**). **Hch 1,21-22** nos enseña que, para Lucas, lo que fundamenta el ministerio apostólico es *haber acompañado a Jesús desde el principio*. Lucas recupera esta escena, después de haber descrito al Mesías bajo sus dos aspectos: en su *enseñanza* (**Lc. 4,14-30**) y en sus *obras* (**Lc. 4,31-44**).

La llamada de los discípulos en Lucas es más que una remodelación de **Mc 1,16-20**, a pesar de que recoge algunos rasgos de él. El cuadro central contiene la historia de *una pesca milagrosa*, que el evangelio de Juan también conoce (cfr. **Jn 21,1-11**).





Lucas combina este episodio con **una escena de vocación** y Juan lo relaciona con una **manifestación del Resucitado**. Las dos opciones no son tan opuestas: lo que hace esencialmente a una persona discípulo de Cristo es su vocación y las manifestaciones de Jesús.

b) Comentario::

vv. 1-3:

Nos hallamos ante el comienzo de un nuevo episodio, que empieza con una breve noticia sobre el éxito de Jesús. Él se encuentra en la orilla del mar de Genesaret y delante de Él está una gran muchedumbre, deseosa de escuchar la Palabra de Dios. La gente se agolpa a su alrededor.

v. 2:

Una vez creada la situación, la acción comienza en el v. 2: . Jesús ve dos barcas en la orilla. Todo empieza con *la mirada* de Jesús. «**Vio**»: así comienzan también las llamadas de discípulos en **Mc 1,16.19**; con ella todo se decide. Es preciso que los lectores descubran la significación eclesiológica de la pesca. Entre las apreturas de la gente y lo que le ofrecerán los pescadores, está la *mirada* de Jesús que llama.

v.3: «Le rogó se alejara un poco de tierra»:

Él sube sobre una barca y se aleja de tierra; como un maestro; y como un valiente, Él se sienta sobre las aguas y las domina y desde allí ofrece su salvación, que nace de la Palabra, escuchada y acogida: «**Sentándose, enseñaba desde la barca a la muchedumbre**»:

Jesús baja, se sienta, mora en medio de nosotros, se abaja hasta tocar nuestra tierra y desde esta pequeñez nos ofrece su enseñanza, su Palabra de salvación. Jesús me ofrece tiempo, espacio, disponibilidad plena para encontrarlo y conocerlo, pero ¿Sé quedarme, permanecer, radicarme en Él, delante de Él?

v. 4:

La petición del Señor es progresiva. Después de separarse de tierra, Él pide que se adentre en el mar. «**¡Aléjate de tierra! ¡Boga mar adentro!**» Invitaciones dirigidas a todas las barcas de todos los hombres y mujeres. ¿Tengo fe, tengo confianza, confío en Él y por eso me dejo llevar, abandono la pesca? Me miro dentro con sinceridad y seriedad: ¿Dónde están plantados los anclajes de mi vida?

Simón que, desde que se embarcó Jesús, se había mostrado respetuoso y servicial, sigue siendo discreto y silencioso. Ahora se lo interpela directamente a él. Jesús invita a Pedro a pescar. Jesús se expresa con elegancia porque Lucas presta a sus personajes un lenguaje culto, preciso, pero no pedante: «*llegar al agua profunda*», «*echar las redes*», «*hacer presa*» (v. 4).





Hay que observar también el paso del singular, dirigido a Simón («rema»), al plural, dirigido a toda la tripulación: «echen»

«*Echaré las redes*»: Pedro nos ofrece un ejemplo luminoso de fe en la Palabra del Señor. En este pasaje el verbo « **echar** » aparece en dos ocasiones: la primera está referido a las redes y la segunda a la misma persona de Pedro. El significado es fuerte y claro: delante del Señor podemos echar todo nuestro ser. Nosotros echamos, pero Él recoge. Siempre, con una *fidelidad* absoluta e infalible. ¿Me siento dispuesto a tomar mi vida tal como es hoy y arrojlarla a los pies de Jesús, para que Él, una vez más, me recoja, me sane, me salve, haciendo de mí un *hombre nuevo o una mujer nueva*?

v. 5:

En el v. 5 se establece el diálogo. La respuesta de Simón es vacilante, entre la del pescador y la del discípulo. Como **pescador**, no tiene nada que aprender de un hombre de su misma edad, que además es de tierra adentro. Se lo dice claramente: no se pesca a mediodía, sobre todo si no se ha cogido nada por la noche. Y los remeros están cansados.

Como **discípulo**, Pedro se fía, cree en la Palabra del Maestro y responde: «*Pero, en tu palabra, voy a echar las redes*». Al mismo tiempo pescador y discípulo, le da a Jesús el título de «*epistates*», «*Maestro*» en sentido profano, que cae bien en este contexto...

v. 6:

Por fe, se adentra en el mar y echa sus redes; por esta misma fe la pesca es abundante, es milagrosa.

Las prácticas de pesca de las regiones mediterráneas nos ayudan a comprender estos versículos. Las redes no sirven solamente para coger los peces, sino primero para cercarlos: « **encerraron** », « **pusieron dentro de un círculo** », describe una técnica que consiste en mover a los peces desde varios lados a la vez, lo cual es difícil para una sola barca.

La operación más árdua es la recogida de las redes, para no dañar ni las redes ni el pescado. De ahí que el imperfecto « **se rompían** » debe traducirse mejor como « **corrían el peligro de romperse** ».

v. 7: «*Hicieron señas a los compañeros de la otra barca*»:

Así se explica también el « **hacer señas** » a los compañeros de pesca: una llamada a gritos habría estropeado la operación, ya que los peces oyen los ruidos sospechosos.





Apenas Simón y su equipo se dan cuenta de que la pesca ha sido excepcional y de que pueden romperse las redes, dejan en el agua el círculo de las redes llenas y aguardan a que vengan a ayudarles los de la segunda barca, poniéndose al otro lado de las redes para completar el círculo. La pesca es tan abundante que las dos barcas casi se hundían (**bythos** «fondo», «abismo», aparece frecuentemente en los LXX para designar el **abismo** que amenaza al creyente).

Pedro, de nuevo, me sirve de guía para mi camino y me indica la vía de apertura a los otros, de la participación, porque en la Iglesia no es posible estar aislados y cerrados. Todos somos enviados: «Ve a mis hermanos y diles» (Jn 20, 17) ¿Pero sé yo acercar mi barca a la de los demás? ¿Sé verter en la existencia de los otros hermanos y hermanas los dones y las riquezas, que el Señor ha querido confiarme en depósito?

El encuentro con Jesús no está nunca cerrado, sino que por el contrario empuja a la comunicación, a la participación: el don, de hecho, es demasiado grande e incontenible para uno solo. Pedro llama a los compañeros de la otra barca y el don se duplica, continuamente crece.

vv. 8-10a:

Lo mismo que la mirada del Señor (v. 2) constituye a la Iglesia, la mirada de los creyentes suscita aquí la confesión (v. 8). Simón «**ve**» el éxito de la pesca y se echa suplicante a los pies del «**Señor**» (esta vez Simón le da correctamente el título de **kyrie** = Señor),. La reacción de Simón, como la de Jesús en Lc 4,39, es a la vez no verbal y verbal. Delante de Jesús, Pedro se arrodilla, adora y reconoce su pecado, su incapacidad, La postración muda, no solamente es la actitud de **adoración** ante lo divino, sino también un asunto de vida o muerte, ya que la aparición de lo divino pone de relieve el **estado de pecado** y se convierte en amenaza de perdición.

Así pues, el gesto de Simón es conforme con el AT: no se puede ver a Dios sin morir. Para Lucas, el «**apártate de mí**» (v. 8) no significa que Simón quiera romper con Jesús. El «**porque soy un pecador**» no quiere decir que se siente particularmente culpable. Al contrario, todo el episodio gira en favor de Pedro: Simón Pedro, como Moisés o Isaías, ha recibido la **gracia de una revelación y de una promesa divinas** a través de un milagro natural. Mediante esta única buena respuesta posible, Simón ha confesado su condición humana limitada y ha implorado la clemencia divina.

v- 10b:

Pero Jesús lo llama, con el mismo tono con el que ha removido las aguas de tantos mares, a lo largo de toda la Escritura: «**¡No temas!**». Esta palabra tranquilizante de Jesús resuena como en una escena de revelación y se dirige solamente a Simón.





v. 10c:

El Señor concluyó también su revelación confiando a Pedro una misión: «*desde ahora serás pescador de hombres*». La tradición de la pesca milagrosa alcanza su cima, su sentido profundo y su conclusión en esta promesa hecha a Simón, que juega con la metáfora de la *pesca*.

Es interesante notar el vocablo usado por Lucas para indicar la misión que Jesús confía a Pedro y con él a todos nosotros, cuando le dice: «*No temas... tu serás pescador de hombres*». Aquí no se usa el mismo término que encontramos ya en Mt. 4, 18 ss., en Mc. 1, 16 o también en este pasaje al v. 2: simplemente **pescador** (*αλιευς* = **alieus**). En el texto de Lc. 5,10c hay una palabra nueva = *ζωγων* (*zogron*), que aparece sólo dos veces en todo el Nuevo Testamento y que deriva del verbo «*capturar*» (*ζωπεω* = *zogreo*), en el sentido de «*prender vivo y mantener con vida*». Este verbo se compone de *ζωος* (**zoos** = **vivo**) + *αγρεω* (**agreo** = **capturar**). Entonces significa: «*capturar (y recoger) vivos*». Es la tarea para Pedro y los Apóstoles...

Los pescadores del Señor, en efecto, echan las redes en el mar del mundo para ofrecer a los hombres la Vida, para sacarlos de los abismos y hacerlos volver a la verdadera vida. Pedro y los otros, nosotros y nuestros compañeros de navegación en este mundo, podemos continuar, si queremos, en cualquier estado en que nos encontremos, aquella misma hermosa misión suya de enviados del Padre «*a salvar lo que estaba perdido*» (Lc. 19, 10).

v. 11:

Dios se revela y se hace compañero del hombre. Pedro acepta la misión de sacar fuera del mar del mundo y del pecado a los hombres, sus hermanos, así como ha sido sacado fuera él; deja la barca, las redes, los peces y sigue a Jesús, junto a sus compañeros.

Un rasgo típico de Lucas: los primeros discípulos **dejan todo** lo que tienen. Encontramos esta **radicalidad** en Lc 9,62; 12,33; 14,26-33.

3. MEDITACIÓN: ¿QUÉ ME DICE EL TEXTO?

«*Dejándolo todo, lo siguieron*»:

El evangelio es un relato de la vocación de los Apóstoles a seguir a Jesús y a trabajar con él y para él. La llamada de Cristo está precedida de una pesca milagrosa... Este texto es un símbolo de nuestra propia llamada y vocación de cristianos y evangelizadores. ¿Qué podemos aprender de él?

El evangelista Lucas, después de presentar a Jesús iniciando su ministerio profético en Galilea, empezando por Nazaret (ver el evangelio de los Domingos tercero y cuarto),





nos habla de la participación en este ministerio, tal cual el mismo Jesús ha querido concederla.

La vocación de los primeros discípulos se realiza bajo el signo de la «pesca». Se trata de una imagen bíblica que anuncia la reunión de los hombres en la presencia de Dios, al fin de los tiempos. La fuerza de la Palabra de Cristo, que se manifiesta decisiva en el signo de la pesca - «*por tu Palabra...*» - es, al mismo tiempo, *revelación* para Simón Pedro de la santidad de Cristo, *toma de conciencia* de su condición de pecador y *motivo de su radical obediencia* a la vocación recibida.

Misión apostólica

Los doce, y sus sucesores -el colegio episcopal-, son los encargados por Cristo para continuar, a través del tiempo y del espacio, el anuncio de una misma y única Palabra: Cristo muerto y resucitado (cfr. la segunda lectura).

Con la lectura de la pesca milagrosa y la vocación de Pedro termina, en el ciclo C, una primera etapa de la lectura de Lucas, que podríamos calificar como de «*presentación de los personajes*». Si comparamos el ciclo C con los otros dos, veremos que la vocación de los primeros discípulos se lee ya en el tercer Domingo, en los ciclos A y B. San Lucas quiere presentar ampliamente el comienzo en Nazaret y las primeras experiencias en Cafarnaúm -en paralelo absoluto con Marcos (cfr. «*Jornada de Cafarnaúm*»: Mc. 1, 21-39)- antes de hablar de los discípulos.

Dios llama no debido a los méritos y santidad de las personas, sino porque El es bueno. Y le gusta mostrar su amor y su gracia en nuestras debilidades.

La experiencia de Pedro

Es evidente el paralelismo entre la narración de Lucas y la narración post-pascual de la pesca en Juan 21. Este paralelismo, incluso textual (las redes se rompen... muchos peces, y de todas clases; cfr. **Jn. 21,6**), acentúa el carácter central del diálogo entre Pedro y Jesús, con una fuerte connotación *pascual* y *eclesial*.

El Pedro que es llamado aquí por Jesús no es simplemente el pescador que está junto al mar de Galilea -como en Mateo y Marcos-, sino el «Simón Pedro» de la confesión de Cesárea, el Pedro de las negaciones y de la conversión, el Simón a quien se apareció el Resucitado, el encargado de «confirmar a los hermanos»... (es decir, la imagen lucana de Pedro). Es un Pedro que hace pensar en la escena de la conversión de Cornelio (Hch. 10), consciente de sus limitaciones, pero decidido a hacer lo que el Señor indique. Pedro es la imagen del «*seguidor*» de Jesús, acompañado por los demás pescadores.





Junto a estas referencias a la imagen de Pedro, hay también el tema de la relación entre la *experiencia de la santidad de Dios* y la *conciencia de la propia indignidad*. Sólo las personas que se aproximan realmente al «Santo» -como hizo Isaías, como el salmista: «*delante de los ángeles*», y como Pedro al contemplar la fuerza de la Palabra de Cristo- experimentan las propias limitaciones. El sentido del pecado solamente se tiene realmente *-en la fe-* cuando se posee el sentido de Dios. Este pensamiento es importante en el contexto actual de una «banalización» de la vida de las personas y en el peligro de una visión indefinida de Dios.

La escucha de la FE que nos conduce a la obediencia:

Es el segundo tramo del glorioso camino que el Señor Jesús nos ofrece a través de este pasaje de Lucas. La muchedumbre se apiña en torno a Jesús, llevada del deseo íntimo de «*escuchar la Palabra de Dios*»; es la respuesta a la invitación perenne del Padre, que invade toda la Escritura: «*¡Escucha Israel!*» (Dt. 6,4) y «*¡Si mi pueblo me escuchase!*» (Sal. 80, 14). Es como si la muchedumbre dijese: «*¡Sí, escucharé qué cosa dice Dios, el Señor!*» (Sal. 85, 9). Pero la *escucha* que se nos pide y sugiere es completa no superficial; es *viva y vivificante*, no muerta; es *escucha de la fe*, no de la incredulidad y de la dureza de corazón. Es la escucha que dice: Sí, Señor, «*ya que lo dices, echaré las redes*».

La llamada que el Señor nos está dirigiendo en este momento es ante todo la llamada a la FE, a fiarse de Él y de toda Palabra que sale de su boca, seguros y ciertos que todo esto que Él dice se realiza. Como Dios dijo a Abrahán: «*¿Hay alguna cosa imposible para el Señor?*» (Gn. 18, 14) o en Jeremías: «*¿Existe algo imposible para mí?*» (Jr. 32, 27); cfr. también Zc. 8, 6. O como se le dijo a María: «*Nada hay imposible para Dios*» (Lc 1, 37) y entonces Ella dijo: «*Hágase en mí como has dicho*».

Aquí es a donde debíamos llegar; como María, como Pedro. No podemos ser solamente oyentes, porque nos engañaremos a nosotros mismos, como dice Santiago (**Stg. 1**, 19-25), quedaremos engañados por la poca memoria y nos perderemos. La Palabra debe realizarse, cumplirse, ponerse en práctica. Es una gran ruina para el que escucha, si no pone en práctica la Palabra; se necesita excavar profundamente y poner el fundamento sobre la roca, que es la FE operativa (cfr. Lc. 6, 46-49).

La pesca como misión de la Iglesia:

La adhesión a la fe lleva a la *misión*, esto es, a entrar en la comunidad instituida por Jesús para la difusión del Reino. Parece que Lucas quiere ya, en este pasaje, presentar la Iglesia que vive la experiencia post-pascual del encuentro con Jesús resucitado; conocido es, de hecho, las muchas llamadas al pasaje de Jn. 21, 1-8. Jesús





escoge una barca y escoge a Pedro y, desde la barca, llama a hombres y mujeres, hijos e hijas, a continuar su misión.

Conocido es también que el verbo «*rema*» mar adentro está en singular, referido a Pedro que recibe el encargo de guía, pero la acción de la pesca es en plural: «¡*Echen las redes!*», referida a todos aquéllos, que quieran adherirse para participar en la misión. ¡Es bella y luminosa, es gozosa esta única misión y fatiga para todos! Es la misión apostólica, que empieza ahora, en obediencia a la Palabra del Señor y que llegará bogando por el mar a todos los rincones de la tierra (cfr. Mt. 28, 19; Act. 1, 8; Mc. 16, 15; 13, 10; Lc. 24, 45-48).

Relación con la Eucaristía

Cuando celebramos la Eucaristía proclamamos siempre la santidad de Dios - «*Santo, Santo, Santo...*»- y acogemos la palabra apostólica que actúa con la fuerza de la Palabra de Dios. ¡Estamos en la barca de Simón!

Cada celebración eucarística se hace en comunión con el Papa, «Pescador de hombres», que, como Pedro, ha sido llamado por Cristo para confirmar nuestra fe.

4. ORACIÓN: ¿QUÉ LE DECIMOS NOSOTROS a DIOS?

Te damos gracias por nuestra razón, por nuestra cultura,
por el conocimiento que tenemos de Ti ,
por el reconocimiento que te manifestamos hoy.

Isaías vio tu gloria, antes de hablar a sus hermanos.
Conoció tu santidad antes de exigirla a sus oyentes.
Fue arrebatado por tus designios
antes de reformar la política de su tiempo.
Aunque nuestros labios están impuros,
queremos expresarte nuestra plegaria.

Los discípulos de tu Hijo y Señor nuestro,
agolpados con el Pueblo para escuchar su Palabra,
obedecieron a la voz de Jesús,
abandonaron las redes y las barcas y lo siguieron.
Con todos los apóstoles y «pescadores de hombres»
cantamos con las palabras de Isaías
un himno a tu gloria.

Envía tu Espíritu, para que nos enseñe a vivir
nuestra vida sin equívocos.
Que purifique nuestros labios,





para que sepamos proclamar tu nombre,
manifiestar siempre la verdad
en medio de nuestros amores o de nuestras penas.

Si sabemos dejar barcas, redes y toda clase de estorbos,
habremos visto tu gloria, la que muestras en tu Hijo,
en la unidad del Espíritu Santo,
por los siglos de los siglos.
Amén.

5. CONTEMPLACIÓN - ACCIÓN: ¿A QUÉ DICE NOS COMPROMETE la PALABRA?

El evangelio es un relato de la vocación de los Apóstoles a seguir a Jesús y a trabajar con él y para él. La llamada de Cristo está precedida de una *pescada milagrosa*... Este texto es un símbolo de nuestra propia llamada y vocación de cristianos y evangelizadores. ¿Qué podemos aprender de él?

Primero. Nuestro apostolado es la obra de Cristo y no el fruto de nuestro solo esfuerzo y competencia: «*pescar hombres*» se parece a la pesca milagrosa.

Segundo. Cuanto más confiamos en Dios, tanto más será efectivo nuestro apostolado. («*Señor, si tú lo dices echaré las redes*»).

Tercero. Como Pedro y los demás, tenemos miedo y estamos conscientes de nuestros pecados y defectos. Nuestra primera tendencia es rechazar la llamada de Jesús. Pero debemos aprender a aceptar y a vivir en paz con estos dos hechos, simultáneamente: el hecho de nuestra miseria, y el hecho de nuestra verdadera vocación.

Algunas preguntas para pensar duran te la semana

1. ¿Soy capaz de vivir en paz con mis faltas y mi vocación cristiana, al mismo tiempo?
2. En mis obras buenas, ¿considero suficientemente la gracia y la actividad de Dios?

Carlos Pabón Cárdenas, CJM.

